



*Charlotte
Grace*

ANDREW STEPHENS

Charlotte Grace

Charlotte Grace



Por Andrew Stephens

La bebé Charlotte Grace Malloy se despertó en silencio mientras la primera luz del amanecer invernal se abría paso a través de la ventana de su habitación. Lo primero que sus pequeños ojos divisaron fue el móvil que colgaba justo encima de su cuna. Cuando la acostaron la noche anterior, los pequeños peces de colores que colgaban del juguete giraban lentamente, pero sus ojos se habían cerrado y su respiración se había vuelto más profunda mucho antes de que el móvil detuviera su giro hipnótico y ahora colgaba inmóvil esperando el amanecer. Charlotte se había quedado profundamente dormida para la larga y fría noche que se avecinaba. No se había movido ni una sola vez, algo por lo que su madre estaba

muy agradecida. No era raro que se despertara durante la noche empapada y sucia, llorando para que su mamá la cambiara y, la mayoría de las veces , también para que la alimentara.

La pequeña bebé de doce meses salió con dificultad de entre las mantas, sosteniendo solo a su osito favorito , Christine. El gran osito rosa era más que un simple *juguete* para Charlotte. Era una amiga, una persona real que la consolaba cuando estaba triste y le hablaba cuando estaba confundida, como solía estar.

Charlotte era una niña muy especial y peculiar , y enseguida se dio cuenta de lo mojado que estaba su pañal nocturno y de cómo se había manchado su pijama y las sábanas de la cuna. Encontró el chupete rosa que se le había caído de la boca durante la noche y gateó hasta el final de la cama para buscar los juguetes que su mamá le había dejado para que jugara al despertar. Casi todas las mañanas, Charlotte pasaba media hora o más disfrutando de la pequeña colección de juguetes que le permitían. Uno de sus momentos más especiales era cuando podía chupar un llavero, agitar su sonajero o alinear los ositos y muñecas que encontraba allí.

A dos metros de distancia, mamá, Sandra Malloy, oyó a su pequeña despertar, sola en su cama. Tenía un sexto sentido para su hija recién nacida. Normalmente dormía profundamente, pero si la pequeña Charlotte lloraba, aunque fuera en silencio, se despertaba y atendía sus necesidades, ya fuera un chupete perdido, una pesadilla o, a veces, la necesidad de su pecho para consolarla o del biberón para saciar su estómago vacío. Pero mientras jugaba alegremente, Sandra seguía durmiendo el sueño ligero de la vigilia. Para ambas, era la deliciosa calma antes de la inevitable tormenta de cualquier hogar con una niña de dos años.

Charlotte estaba muy contenta. Sin decirlo mucho ni siquiera pensarlo, era una niña feliz en el mejor lugar posible para ella: la infancia. Estaba segura, feliz, contenta y en un lugar de paz.

Charlotte Grace

La bebé en la cuna no era la bebé normal que encontrarías en un millón de hogares en todo el país. Era física, emocional e intelectualmente una adulta: medía un metro ochenta y llevaba cuarenta y dos años en esta tierra, pero de una manera significativa y ahora muy abierta, era una bebé. A pesar de tener pene y barba incipiente, Charlotte era una niña y, durante esa etapa tan especial de su vida, no era nada más.

Esta es su historia...

—¡Mamá! —gritó Charlotte, con su voz rompiendo el silencio de la habitación—. ¡Mamá! ¡Despierta!

—Está bien, Charlotte —respondió Sandra desde debajo de las sábanas—. Estaré ahí para ti en un minuto. Espera un momento.

Para cuando Sandra regresó del baño, tras haberla despertado por completo el agua fría, Charlotte estaba apoyada contra los barrotes de su cuna esperando a que la soltaran. Aunque ya era lo suficientemente alta como para salir sola, las repetidas nalgadas habían reforzado la regla de esperar a que mamá la dejara salir.

El lateral de la cuna se bajó y, con una ayuda bastante innecesaria, Sandra ayudó a su preciosa bebé, que era demasiado grande, a salir y a sentarse en el suelo. Bajando la cremallera, sacó a la pequeña y feliz de su pijama de lana, notando que, una vez más, necesitaba lavarse.

"¡Súbete al cambiador, señorita!" exclamó y Charlotte rápidamente colocó su largo cuerpo sobre el gran cambiador vistiendo solo su pañal y sus pantalones de plástico.

No hizo falta una inspección visual para saber qué se escondía bajo la protección tan cuestionada de los pantalones de plástico. El olfato de Sandra lo decía todo. Respirando superficialmente, se quitó rápidamente la prenda molesta y, aplicando una cantidad récord de toallitas y toallitas, dejó el culito de Charlotte limpio, con crema y listo para un pañal limpio.

Charlotte Grace

"¡Hoy hay guardería, Charlotte!", le susurró Sandra al oído a su hijita, y la pequeña la abrazó emocionada. Charlotte no dijo mucho, pero sus emociones lo compensaron. La guardería fue uno de los momentos más destacados de su semana. "Creo que necesitarás comer mucho antes de ir. Sé lo cansada que estás después. ¡Y qué hambre!"

Charlotte se dejó caer al suelo mientras su madre le ponía un sencillo pijama y salió gateando del dormitorio por el largo pasillo alfombrado hasta el comedor, donde estaba su trona. Una vez bien sujeta, su madre la alimentó como a cualquier otro bebé.

La guardería fue la salvación de Sandra. Sabía que su bebé especial necesitaba más cuidados de los que podía brindarle si quería tener un trabajo que le permitiera vivir.



Más tarde esa mañana, Sandra entró al aparcamiento de la guardería con un poco de prisa y frenó bruscamente. Era una escena habitual para ella. Siempre con retraso, una vez más llegó con unos minutos de retraso a las 8:00 a. m., hora de dejar a su hija Charlotte, de casi dos años.

"¡Qué guapa estás hoy, Charlotte!", exclamó Anna, quien, como siempre, estaba de pie junto a la puerta principal esperando recibir a los asistentes. "¡Qué vestido tan bonito llevas!"

"Charlotte quería usarlo, pero en realidad es su vestido de fiesta especial", respondió Sandra, señalando el delicado vestido blanco de encaje que llevaba su hija. "La han invitado a la fiesta de cumpleaños de otra niña como ella la semana que viene y lo compramos ayer en *Layla's Baby Clothes*. ¡Esta mañana armó un escándalo tan grande que la dejé usarlo aquí... solo para callarla!"

"Bueno, ¡espero que no se ensucie entonces!"

Sandra se rió entre dientes. "Le traje ropa de juego para que se cambie en cuanto llegamos. ¡Ni hablar de que ese vestido vaya al arenero ni a los columpios!"

El trío caminó tranquilamente por el pasillo hasta que llegaron a una habitación claramente identificada como "*Sala de bebés*".

—Aquí estamos, Charlotte —dijo Anna alegremente—. ¡Aquí está tu habitación y aquí están algunos de tus amigos! Pero creo que tu mamá quiere cambiarte de ropa primero.

De pie justo dentro de la habitación, Sandra dejó caer la bolsa de pañales de su bebé al suelo y sacó un bonito vestido de algodón. En un abrir y cerrar de ojos, se quitó el vestido de fiesta y se puso el vestido de juego, colocándolo sobre el sujetador y subiéndolo por la cremallera de la espalda. Sus pantalones blancos de plástico con volantes cubrían un pañal amplio, y el gorro de algodón a juego y los bonitos zapatos blancos realzaban el conjunto. Incluso con la ropa de juego, Charlotte era una niña bonita.

Excepto que en realidad no era una niña. Era un niño. Y en realidad no era una niña, en realidad. Era un hombre y tenía 38 años. Pero en todos los sentidos, hoy tenía dos años y era una niña auténtica y de verdad. Y hoy era un día de guardería donde jugaba, se divertía y conocía a sus otros amigos, igual que ella.

"Aquí tengo todo para ti", anuncia Sandra. "Pañales de repuesto, braguitas de plástico de repuesto, una muda de ropa y un chupete de repuesto. Le he preparado dos biberones, pero creo que podría necesitar más hoy. Tomó tres ayer, así que quién sabe..."

"Estará bien, Sandra. Ya encontró a sus amigos y ahora es un buen momento para irse. La cuidaremos como si fuera nuestra."

Anna sabía por experiencia que, adultos o no, algunos niños especiales de la guardería lloraban si sus padres los dejaban, sobre todo la primera vez. Y Charlotte, sin duda, había llorado mucho las primeras veces que la dejaron allí.

Pero ya se había acostumbrado a pasar dos días a la semana en la guardería para bebés adultos más popular de la ciudad. Era la oportunidad para Sandra de hacer otras cosas sin tener que cuidar también a una niña de dos años.

—Mejor me doy prisa —exclamó—. ¡Ya llego tarde!

Sandra corrió a su coche y, mientras se marchaba, recordó la primera vez que había ido a la Guardería Infantil para Adultos, hacía poco más de dos años. No estaba tan relajada entonces. Ese momento fue para su entrevista de colocación...



"Buenos días , Sra. Malloy", dijo la señora del traje al abrir la puerta de su oficina. "Pase por aquí y tome asiento, por favor".

Sandra tomó la mano de Charlotte y la llevó consigo a la niña nerviosa a la habitación. Siendo adulta y niña, Charlotte sabía que su madre/esposa intentaba que estudiara en una guardería para que pudiera dedicarse a su carrera. Sin embargo, también le preocupaba no estar cerca de la mujer que, a lo largo de los años, la había criado hasta un estado en el que finalmente se sentía feliz y satisfecha, pero que, al mismo tiempo, la había hecho muy dependiente de ella para su apoyo físico y emocional.

"Esta es mi hija, Charlotte", ofreció Sandra.

"Mucho gusto, Charlotte", respondió la mujer con sinceridad. "Tenemos un lugar bonito aquí en la esquina para que te sientes y juegues con algunos juguetes o dibujes mientras tu madre y yo charlamos un rato, ¿de acuerdo?"

Charlotte asintió y tan pronto como Sandra soltó su mano, cayó en cuatro patas y se arrastró hasta el rincón de juguetes y pronto se perdió en las alegrías de su entorno natural.

Me llamo Kathryn Connelly, soy la Sra . Malloy y soy la directora de este centro de cuidado infantil para adultos. Espero que no le importe que haya dejado a Charlotte en un rincón.

"No, claro que no", respondió un poco nerviosa. La oficina era como pocas en las que había estado. Las paredes estaban cubiertas de fotos de niños adultos divirtiéndose, y había pañales y biberones claramente visibles en el banco de una pared.

"Es solo que esto es una discusión de adultos y Charlotte no tiene por qué involucrarse".

"Lo entiendo", balbuceó ella en respuesta.

"¿Es usted la Sra. Malloy... Sandra?", respondió con voz entrecortada. "Nos tomamos nuestro trabajo muy en serio y nos preocupamos por el bienestar emocional y físico de los niños en cuerpos adultos. Recibimos a mucha gente tonta y curiosa , así que disculpe mi tono directo".

"¡Lo *entiendo* !", exclamó Sandra. "Llevo seis meses intentando que Charlotte vaya a una guardería. Las guarderías normales no la aceptan y las de adultos son muy escasas y, bueno..."

"¿Terrible?" se aventuró a preguntar Kathryn.

¡Exactamente! Parece que no saben qué clase de niña es Charlotte ni cómo cuidarla. Charlotte necesita al menos cuatro días completos de infancia a la semana para que sea tres días adulta . Necesito ayuda con eso y su servicio de guardería es muy recomendable.

"Bueno, espero que podamos ayudarte con eso ", dijo Kathryn en voz baja. "Ahora quiero que mires a Charlotte un momento conmigo".

Sandra giró en su silla mientras Kathryn rodeaba el escritorio y se sentaba a su lado y ambas miraron hacia el rincón de juguetes donde estaba sentada la niña-adulta .

—Dime qué ves —preguntó Kathryn—. ¿Quién está sentado ahí en la esquina?

"Charlotte... Mi hija..." respondió vacilante.

"Déjame decirte lo que veo", interrumpió Kathryn mientras ponía la mano sobre el hombro de Sandra. "Solo veo a una bebé, de unos 18 meses, jugando con juguetes y esperando a que su madre deje de aburrirse con las reuniones para poder salir a jugar. No veo *nada* más que a una bebé. No veo a ningún adulto, y aquí en la Guardería AB, *nunca* veremos a un adulto. Solo vemos a la niña, y solo atendemos sus necesidades. Cuando miro a tu niña ahora mismo, solo veo a una bebé por completo".

Las lágrimas corrieron lentamente por el rostro de Sandra. "¿Entiendes?"

Kathryn se giró y se agachó frente a su cliente. "¡Claro que lo entiendo!", dijo. "Charlotte es tu hija y solo quieres lo mejor para ella. Y eso es lo que ofrecemos aquí".

Volvió a su lado del escritorio y se sentó. La parte de la conexión íntima de la entrevista obviamente había terminado.

Bien, ahora, ¡obtenemos más información sobre su hija y diseñemos un programa de guardería que sea bueno para ambos! Queremos que su hija sea feliz y se adapte bien. Y sabemos que nunca crecerá, pero aún puede ser una bebé maravillosa para usted.

Mientras Sandra se alejaba, era profundamente consciente de lo bendecida y maravillosa que era su vida. La vida cotidiana era para otros. Su vida era una aventura maravillosa y no la quería de otra manera.

**Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en
www.abdiscovery.com.au**